
El Sor. Dr. Vicente F. Alvarado dijo:

SEÑORES:

Designado por el Comité Directivo de esta provincia para tomar parte en el festejo con que la América toda se apresta á conmemorar la fecha inmortal de su descubrimiento, verificado, hace cuatro siglos, por el genio incomparable de Colón, se me ha prescrito que concurra á nombre y en representación de este aventajado Establecimiento que sensibiliza su progreso en ejecutoria brillantes, con nuevos lauros que cada día presagian la inmortalidad de su nombre; pues, á las notables asignaturas con que cuenta, añade hoy la inauguración de un Conservatorio filarmónico, cuyos primeros ensayos no podían contar con ocasión más propicia que la presente, para lucir sus melodías.

Comisión honrosa, pero por otra forma tan comprometida, debía rehusarla de plano, si á la estrechez del tiempo limitado á cuatro días perentorio, se añadía la palmaria insuficiencia del sujeto á quien se encomendaba; sin embargo, toman-

do en cuenta que, al tratarse de una gloria común, todo corazón tiene derecho de congratularse y transmitir sus sentimientos en la forma que más se adapte á la limitación de sus luces, vengo á probar ventura en el desempeño de mi cometido.-Para verificarlo acudiré á la narración divina y tomaré de allí un hecho grandioso, como único símil adaptable al trascendental acontecimientos de la invención del Nuevo Mundo:-de las incalculables ventajas que, con tal motivo, ha reportado América entera, deduciremos la gratitud á que está obligada la conciencia de todo hombre que ocupa un palmo de esta hermosa tierra, para con su inventor poderoso; y finalmente, la manera ó forma con que el Colegio Nacional de esta ilustrada provincia concurre hoy á la apoteosis dedicada al genio libertador de la América, serán los puntos que, con la rapidez posible, someta á vuestra ilustrada consideración; aprovechando de la indulgencia con que acostumbráis disimular el éxito de trabajos semejantes.

El asombroso acontecimiento, el instante decisivo en que Colón, arrasados en lágrimas sus ojos y puesta la rodilla en tierra, tendía los brazos para estrechar contra su pecho al ídolo de sus ensueños, á la virginal figura de un mundo tantos años preconcebido en los ardores inefables de su genio, es un hecho inimitable y único que no tiene paralelo entre los acontecimientos puramente humanos. La inteligencia más acostumbrada de este género de estudios se fatigaría inútilmente, buscando entre las creaciones emanadas del hombre un símil que se le aproxime: puede recorrer, uno á uno, los hechos sorprendentes que constituyen la verdadera corona de la historia, y todos ellos serán luminares de magnitud en su género; pero comparados con el portentoso espectáculo de contemplarle á un hombre, arrancando á medio mundo de entre las inexploradas regiones del cáos, de la vida nómada y errante, para entregarlo á la vida de la fé, de la ciencia, de la civilización en una palabra, serán puntos luminosos que se eclipsan y casi desaparecen ante la impotente majestad con que se yergue Colón, el ínclito rey de los genios.

Para dar á esta obra monumental un paralelo de excelsa magnitud que la supere, es indispensable acudir á otra región sorprendente, á la de los portentos realizados por la eficacia de la palabra divina.-Y en efecto, el primer libro que escribiera Moisés por mandato divino, para enumerar los prodigios de la creación, comienza con estas lacónicas palabras: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", esto es, el universo; pero este universo, ó simplemente tierra, como denomina el texto, estaba desnuda y vacía, *terra autem erat inanis et vacua*: faltábale el primor, faltábale la hermosura, la belleza, el colorido, la animación y la vida: era un hacinamiento de objetos repentinamente lanzados á la existencia, pero envueltos por el lóbrego manto de la noche. Las tinieblas se habían apoderado del universo, y esta obra prodigiosa que, por sí sóla, eterniza la sabiduría de su Autor, no ofrecía, por entonces, otra idea que el pavoroso espectáculo de un abismo sin riveras: tal era Señores, la creación en aquella hora.

Pero volvió á sonar la palabra divina, esa palabra inmortal que causa lo que significa y significa lo que causa, y al articular estas dos sílabas: *fiat lux*, brotó la lumbre como por encanto, y á la impetuosa invasión de este agente misterioso rasgóse el velo de la noche; las tinieblas replegarónse al abismo; la

confusión y el desorden aparente en que por entonces se encontraban los elementos, tornáronse en armonía, en figurabilidad, en belleza y esplendor, y el conjunto de los seres pobló de maravillas el espacio: todos los objetos revistiéronse de animación, de forma y colorido propios, contempláronse entre sí lucientes, y quedaron en aptitud de secundar los planes que á la Providencia plugiera señalarlos.

El cielo y la tierra, los mares y las fuentes, los montes y los valles, las campiñas y praderas, los astros y los espacios que circundan al universo, sin la luz, habríanse quedado en el caos, en la oscuridad y en las tinieblas, sin nombre ni denominación alguna. La luz, Señores, es el inimitable y primordial bautismo que imprimiera el Creador en los efectos emanados de su paternal sabiduría: la luz es Dios mismo derramándose sobre sus criaturas, según la enérgica expresión de Tertuliano: la luz es el comienzo y la continuación de la vida: la luz es el alma de la creación, y desde el inolvidable instante en que aquel esplendor se enseñoreó del universo, la belleza típica del Altísimo quedó grabada en la naturaleza para siempre! . . .

A este portentoso imponderable únicamente puede compararse la atrevida empresa de Colón, motivo y causa del presente universal regocijo. Y en verdad, existía la América en la región donde hoy se encuentra; pero existía, como el universo en la mañana de su vida, envuelta en el caos, en la lóbreguez de la barbarie. Apartada de los esplendores de la fé, por murallas de agua inaccesibles; lejos del Evangelio, fuente purísima de lumbré civilizadora que vivifica, engrandece é inmortaliza cuanto toca, gemía en la soledad, cual una reina que, teniendo por delante inmensos y cuantiosos tesoros disponibles no encontrara sujeto con quien compartir su suerte para disfrutarlos.

El oro se acumulaba en balde á sus contornos; la exhuberante vegetación de sus comarcas ofrecía el pintoresco aspecto de un Edén, circundado de inmensas montañas seculares, de bosques, colinas, praderas, llanuras, fuentes, ríos y cascadas; era poseedor de amenos y variados climas; disponía de un cielo esplendoroso; su tierra era virgen y fecunda ¿qué le faltaba, pues, á este Paraíso, perdido entre la inmensidad de los mares, para declararse la primera potencia del orbe? ¡Ah Señores! faltábale la luz, faltábale la fe! La lóbrega noche del paganismo envolvía entre sus brumas la hermosa faz de esta Sultana del desierto; era una región lúgubremente encantada: era el Limbo que, á grito herido, pedía una mano redentora para salirse de aquel aciago cautiverio!. . .

Y el genio extraordinario, el hombre destinado por la Providencia para acercarse á este cadáver inerte y clamar á sus oídos: "*Lazare veni foras*" se encontraba lejos, muy lejos, de su codiciado teatro, revolviendo en su cerebro mil asombrosos proyectos que iban á provocar la emulación, la desconfianza y la ira de cuantos no le comprendieran.

Coloso invencible, por la claridad, firmeza y exactitud de sus conceptos, era no obstante juguete del infortunio; pues, la presencia de un mundo real, visible y capaz de inmortalizar al primer hombre que lograra tocar en sus comarcas, se desvanecía ante la omnipotencia de dos grandes obstáculos que inutilizaban todo esfuerzo: la arrogante presunción de una sabiduría supersticiosa

y falaz, apoyada en el incontrastable prestigio del poder más absoluto; y la indomable fiereza de elementos terríficos é inexplorados.

Salta á la vista, Señores, la agitación, la violencia, la angustia mortal que enervarían el corazón de aquel heroico mártir, si incruento, terriblemente atormentado, ante la aterradora perspectiva de un combate asaz desproporcionado. El triunfo debían disputarse denodados la debilidad y el poderío; la pequeñez y la grandeza; la persuasión y la duda; la exactitud de cálculos científicos y la irritante sofistería de inteligencias acostumbradas á definir dogmáticamente, sin apelación alguna; y ante la natural consecuencia de tan contrapuestas premisas, cualquier espíritu esforzado que no fuera el de Colón habría sucumbido de plano, por inanición é impotencia; pero el ardimiento de su convicción suprema dióle el temple que requería aquella empresa audáz, para someter su alma grande á cuanta prueba le preparaba el destino, hasta hacerla apurar la ansiedad y los horrores del tormentoso suplicio de Tántalo.—No era él Dios, para lanzar un *fiat* á su arbitrio; por lo contrario, era hombre humilde, destituido de cuanto en la tierra se denominan prestigio, ascendiente ó valía; era el hombre del infortunio que es la síntesis de la desgracia: faltándole, por consiguiente, todos los medios que requería la ejecución de plan tan atrevido, era indispensable acudir al auxilio de los poderosos; mas estos, por lo común, conforme á la expresión de Balmes, tienen el alma de bronce; la aureola del poder indefinido esteriliza los sentimientos del alma y los vuelve inaccesibles á la súplica. El incienso de la adulación que les circunda, el hábito de imperar y la facilidad de obtener cuanto pretenden sus caprichos, enervan la inteligencia y deshojan las flores del corazón al mismo tiempo: tal fué la primera barrera contra la cual iba á escollar el supremo empuje del genio.

Con todo, arrastrado por su constancia incontrastable, lanzóse á probar ventura; y era para subyugar el ánimo más prevenido, contemplarlo á Colón recorriendo, en vía dolorosa, los palacios de cuantos monarcas pudo avistarlos, durante diez y ocho años de estéril insistencia, pidiendo auxilio, para entregar, á quien le diera, un vasto y monumental continente, sin otra aspiración ni otra esperanza que la gloria. Pero la contradicción que depura el alma de los héroes debía acrisolar su espíritu, tornándolo gigante; y el desdén, el menosprecio, el sarcasmo, la irrición y la burla de cuanta supuesta sabiduría circundaba los tronos, sin que faltara la irritante decisión del laureado Concejo de Salamanca, fueron todos el homenaje rendido por la culta Europa al más excelso de los genios! . . . Era Colón, por entonces, el Hércules de su siglo, llevando á cuestas un mundo poblado de maravillas, en ademán de entregar al primer monarca afortunado que le extendiera mano amiga, y ¡lo habíamos de creer! no hubo inteligencia que le comprendiera, ni corazón que de su anhelo se prendara: empresa tan encumbrada requería otra inteligencia de poderoso alcance que penetrara los arranques del genio, y esta antorcha codiciada, para vindicación de aquel siglo, iluminaba la mente de una Mujer inmortal, de Isabel la Reina de Castilla y corredentora de la América: al corazón de esta Matrona ilustre, doblegado por la persuasiva elocuencia de Marchena, el religioso de la Rábida, debió Colón el glorioso remate de su empresa.

Si Colón es, con justicia, la admiración de los siglos; no lo es, no puede ser menos, la magnánima Reina que, despojándose de sus más preciadas joyas, puso el valor de éstas en manos del émulo de su inteligencia, para facilitar la ejecución de aquellos sueños misteriosos que enardecían el cerebro de un coloso: la nobleza obliga siempre y por siempre, Señores; por consiguiente, es necesario que el corazón americano se incline reverente, cuatro siglos después, ante el escudo español, simbolizado en la elevada figura de Isabel, la más grande de sus Reinas!

Colón, entonces, rey y soberano de sus dominios juzgóse batallador irresistible: el inexpugnable escudo de su convicción, el vigoroso impulso, el método y claridad de sus razonamientos fueron armas que le obtuvieron el primero y más inesperado triunfo. La muralla, al parecer insuperable, de la argucia humana, sostenida por el esplendor de un poderío, hasta entonces, jamás contrarrestado, había caído á sus pies, como el turbión que se doblaba ante las rocas, y el alma atribulada del segundo Redentor de estas comarcas, cobró aliento, respiró al fin con desahogo!

Quedaba en pié, solamente, el otro obstáculo; pero para subyugar á elementos, si enfurecidos y temibles, en un todo inferiores á la despiadada avilantez de los hombres, sobrábanle ímpetu denodado en el alma é inflexible cálculo en la mente. Neptuno, el soberbio dominador de los mares, era una pálida imagen del audaz marino que, gigante en tres frágiles barquillas, iba á humillar é imponer silencio al revuelto torbellino de un piélago iracundo. Encuentro formidable y á primera vista imposible era, Señores, aquel inaudito desafío al pavoroso furor de ondas desencadenadas; empero para combatirlo, á par de la Providencia y de su invicta superioridad sobre adversario inconsciente, tuvo la fortuna de conquistarse compañeros, no menos esforzados y entendidos en el difícil arte de domeñar á los mares, y asociado á los Pinzones, Niño, Roldán, Sánchez, Arana, Escobar y otros aventureros temerarios, se arrojó al océano, buscando, ó una tumba ignorada en aquellos abismos insondables, ó gloria inmortal para su nombre!

Las vicisitudes de aquella expedición desesperada superan, con realidad abrumadora, á cuanto contraste, á cuanto peligro, á cuanto extremado lance pudieran fingir la fábula ó la exaltada imaginación del más acalorado poeta: basta saber que el cielo, los mares, la tierra y sus habitantes habíanse, al parecer, confabulado para matar en germen la maravillosa y prometedora colonización del Nuevo Mundo. Silenciando, por lo mismo, las decepciones y angustias, las tormentas y peligros, la agonía y la muerte que, á porfía, se apresuraban en rendir el esfuerzo de aquel héroe sin segundo, llegó, por fin hasta sus ojos, un rayo de luz, mensajero de esperanza, precursor definitivo de que, aquella jornada inverosímil, fabulosa para el egósta pensamiento de la mayor parte de los hombres, tocaba ya con su gloriosa meta: pocas horas más, y aquel espectáculo sublime, ideal divino encarnado en la mente de un semi-dios desconocido, destacaríase á maravilla, ante la incredulidad de corazones obsecados é inteligencias rehacias. El sol de la realidad iba á esparcir fulgor eterno; iba á comenzar el día magno, el día inmortal del 12 de Octubre de 1492!-Al clarear la aurora de este día, eternamente

célebre en los fastos de la América, brotaron, como inspiradas por el alborozo, las palabras ¡tierra! ¡tierra! símbolo del *fiat* con que para el nuevo mundo irradiaban los albores de la vida!

Pero, Señores, ¿quién podía describir la emoción, el arrobamiento, el éxtasis sublime en que se engolfara el alma de Colón, en el feliz momento de posar su planta sobre la veste de esta hermosa virgen, ayer no más ideal, y hoy transformada en realidad fascinadora? . . . Puso su rodilla en tierra, y no bastando á su arrebató este ademán suplicatorio, remedó la actitud inaudita del profeta Eliseo, cuando para restituir la vida al cadáver del hijo de Sunamitis, tendió su cuerpo sobre los yertos despojos de la víctima, y clamando, una vez y otra vez con todo esfuerzo, alcanzó del cielo la devolución del alma que reanimara á este muerto: tal hizo Colón en aquel supremo instante. Se arrojó frente por tierra sobre la superficie del suspirado objeto de su anhelo, asíóse de ella con sus manos, y cual si temiera de su regazo se escapara, comprimióle muchas veces, evocando del cielo, en esta actitud humilde, el alma, la vida la civilización que era la fé, divino elemento que faltaba al continente para inmortalizar su nombre!.

Vuelto en sí de su arrebató y puesto de pié para contemplar despacio su triunfo, entre el vértigo del más acabado entusiasmo, plantó la cruz, emblema de la inmortalidad, símbolo de la vida á que entraba el nuevo mundo para admiración de los siglos.

De entonces acá, sobre inútil sería ofensiva á vuestra ilustración la tarea de enumerar en todas sus fases el asombroso incremento, el éxito casi inverosímil á que ha arribado esta hermosa creación del genio. Basta saber que en la mañana de su aparición prodigiosa fulguró sobre sus colinas el glorioso pendón de la Cruz, para deducir lógica é indefectiblemente que el progreso más cabal ha sentado sus reales sobre la faz de este vasto y floreciente territorio.

Hoy, SS., con altivez y orgullo puede levantar su frente y preguntar á las comarcas del viejo mundo, siglos há civilizado ¿qué especie de invención, de ciencia, de arte, industria, comercio ó pacto civilizador poseen las antiguas monarquías, ornamento de los pasados siglos, que no los tenga, y perfectos y ejemplares éste, por mil títulos, soberano continente? La ciencia moderna, los inventos portentosos del siglo que alcanzamos; las maravillas de la luz; el poderío de la electricidad que, tomando como motor del trabajo, economiza el sudor de la frente humana; la rapidez con que atravieza el pensamiento de un extremo al otro del orbe; la trasmisión articulada de la palabra; la libertad, independencía y soberanía de sus Estados; la amenidad y forma propias de sus obras literarias que rivalizan con las monumentales del otro continente; en una palabra, el nivel equivalente, sino superior en varios puntos, con que se hembra y equipara á la opulencia de que disfrutaban los habitantes del otro lado de los mares, todo, todo contiene, adorna y embellece la altiva frente del poderoso engendro de Colón.

Por consiguiente, SS., cuanto esfuerzo haga hoy la América en conjunto para celebrar el gran día de su descubrimiento, y levantar la apoteosis al descubridor insigne, al glorioso, al eternamente célebre Colón, será un tributo

débil, comparado al merecimiento intrínseco de aquel sublime genio. Sólo Dios, SS., es capaz de remunerar condignamente la excelsitud de empresas semejantes; y no cabe duda que en la región de la luz, desde donde se contempla, con claridad indeficiente, la muchedumbre de Estados florecientes, esbeltos y altivos diseminados sobre este dilatado territorio, será Colón, en el momento presente, objeto de la admiración y aplauso que, á porfía, le rinden los inmortales!!

A la solemnidad de tan fausto recuerdo, debía concurrir, y concurre en efecto este notable Establecimiento, cuya historia, siendo de todos vosotros conocida, tiene sus puntos de contacto, sin bien en pequeña escala, con la de invención del nuevo mundo, y á él, antes que á ningún otro, correspondíale el tributo de su contingente.

El magnífico recinto donde os encontrais congregados, latiendo el pecho de entusiasmo al recuerdo de aquel día grande en que comenzó vuestra existencia civilizada, era, hace veinte años, un problema. ¿Existía este plantel por entonces? ¡Ah, SS.,! existía, pero en la mente esclarecida de un notable hombre público que, para honra del Azuay, se conserva todavía entre nosotros. Amante como el que más del incremento de las glorias patrias, resolvió arrostrar todos los obstáculos que, á la ejecución de plan tan elevado, se opusiera, á fin de facilitar la instrucción secundaria y superior á la muchedumbre talentosa de jóvenes que se centuplicaba gradualmente. Luchó, en efecto, con serias contradicciones que no son del caso enumerarlas; pero al perseverante propósito de su infatigable anhelo y á la cooperación desinteresada de otros tantos compatriotas tan abnegados como el fundador, cuyas ideas secundaran, humillándose á iniciar el profesorado cabe los ruinosos muros de un convento entonces casi desolado, débese hoy el apogéo de este floreciente templo de Minerva que, sin hipérbole alguna, podemos contarlo entre los primeros Establecimientos de la República. Abraza su conjunto, á par del pintoresco edificio que os fascina, el núcleo del saber, la Universidad; la Biblioteca pública que, rebosante de obras científicas, artísticas y literarias, se hace preciso extender sus salones para contenerlos ordenadamente; las Facultades concernientes á las ciencias filosóficas, exactas, físicas, políticas y naturales; la de la benéfica ciencia de Hipócrates, y la riquísima, amena, y para honra nuestra cien veces laureada, de la Literatura.

Para complementar esta última era preciso que la juventud, amiga predilecta de las Musas, alcanzara su objetivo, perfeccionando su gusto y dando animación y vida á los delicadísimos conceptos emanados de la inspiración. Hacíase sentir, por consiguiente, la necesidad de instaurar una clase especial en que el arte divino de Betóven, Bellini y Verdi que, al decir de Chateaubriand, es la veste sutil y radiante de la poesía que transforma al pensamiento y lo dilata en ondas seductoras capaces de embriagar el alma, luciera aquí sus galas, levantando el nivel de nuestros educandos á un grado superior al que se encuentra el de otros no menos notables Establecimientos; y, merced á la patriótica generosidad de autoridades tan ilustradas como progresistas, tanto como á la competencia de un Profesor conterráneo que, en su género, tiene alcanzadas ejecutorias envidiables, se presenta hoy buena parte de la juventud Cuencana á justificar su buen nombre, exhibiéndose en honra de Colón y cual si dijéramos de improviso, artista y poeta

al mismo tiempo; pues, á la armoniosa cadencia de sus cantos juntará el delicado tañido de sus cítaras.

Jamás podía salirles al encuentro coyuntura más favorable para aquilatar el férvido entusiasmo en que se abraza el estro juvenil.-Los ángeles, conforme á expresión de Job, celebraron con acordes sobrehumanos la aparición de la luz sobre el espacio de la creación primitiva; las entusiastas melodías de nuestra invicta Madre España resonaron en los ámbitos de Europa, á la noticia del increíble descubrimiento de esta porción complementaria del globo; nada más natural que la juventud azuaya, altiva, talentosa y creadora por naturaleza, amenizara las fiestas del recuerdo de Colón, con los primeros ensayos de cánticos y acordes musicales que acaben por incendiar el corazón de sus compatriotas, en señal del regocijo universal en que, por el momento, se encuentra la América toda.-Jóvenes compatriotas, templad vuestras liras, centuplicad vuestros esfuerzos y entonad el himno más entusiasta de triunfo á la excelsa memoria de Colón en el gran día en que se conmemora la realización de sus ideales más sublimes: así, os mostrareis grandes, nobles y dignos herederos del genio inmortal que nos legara la vida, hace cuatro siglos.

HE DICHO.